# CÓMO FABRICAR LA PIEDRA FILOSOFAL

**por el**

## Adepto Lacaille Helmanticus

**Que logró la Gran Obra a comienzos del año 2007 en Salamanca**

***ET UNUM, VIOLAT IN DEO GRATIA, HELMANTICUS FECIT***

A punto de desaparecer de este mundo para ocultarme, como Adepto e Inmortal, quiero regalar a los merecedores del Conocimiento el secreto que me ha permitido, gracias al Altísimo, obtener el Magisterio y metamorfosear mi alma. Amén. Perdóname, amigo lector, si esta obra es anónima y te oculto mi nombre: mis compañeros Adeptos, los verdaderos Maestros Alquimistas, no me aceptarían entre ellos si por mera vanidad diese mi nombre al vulgo. En el nombre de Dios, Amén.

Para la obtención de la llamada vulgarmente Piedra Filosofal, que no es más que el Magisterio, se ha de partir del mineral llamado pirita: no se tomará otro mineral o líquido que no sea la pirita, el sulfuro de hierro del que se obtiene este mineral. Aunque en obras de presuntos alquimistas y de *fraguadores* se diga que es el rocío, el agua purificada tres veces, el mercurio una vez rectificado adecuadamente o cualquier otro mineral o material, el verdadero Adepto al Arte debe saber que si parte de elementos impuros no obtendrá nada: derrochará su dinero y su tiempo, pues si en ese material no está el verdadero Mercurio de los Filósofos o el verdadero Azufre no obtendrá nada más que materiales vitrificados por acción del calor y la cocción. No obtendrá nada.

El único mineral que contiene ambos elementos, el Azufre y el Mercurio de los Filósofos, el azufre y el hierro, es la pirita: el hierro y el azufre vulgares, carentes de propiedades, una vez transformados por efecto de la Alquimia alcanzan sus nuevas propiedades que pueden probarse con la transmutación metálica.

Ya sabes cuál es la materia prima. Ahora tienes que decidir entre los dos caminos o Vías que existen para lograr terminar la Obra con éxito: la Vía Húmeda o la Vía Seca.

Yo, que he probado ambas con éxito, puedo decirte que la Vía Húmeda es la que se suele describir popularmente, siempre de modo parcial y críptica, disfrazada con símbolos alegóricos (Marte, Mercurio, Júpiter, el Rey, el Ala de Cuervo, el arco iris, la putrefacción, la rubefacción, etc.) en cualquier obra de alquimia. Es más laboriosa, más lenta en su consecución pero produce los mismos resultados: al final verás cambiar los colores de la materia original, verás cómo el hierro muere para resurgir con los colores del arco iris y adquirir la fuerza del oro renacido tras los cambiantes colores que anunciarán su victoria sobre la muerte, su llegada. La Vía Seca, por el contrario, se describe con menos frecuencia pese a que es más rápida y requiere menos gasto de tiempo, recursos económicos (combustible, sea carbón, gas o electricidad) y tiempo;

como es más rápida requiere una cocción más viva, lo que puede producir una explosión si tu Huevo filosofal (el recipiente de la cocción) no resiste el calor.

Como ya no estamos en la época medieval, en el la que el tiempo no tenía importancia, describiré la Vía Rápida que es, como dije, más rápida y barata.

En primer lugar necesitarás un recipiente de vidrio de paredes gruesas que es el que los adeptos llamamos Huevo: dentro de él se producirá la cocción de los materiales, la putrefacción, la sequedad, la rectificación para obtener, al final, la gran obra. La forma del recipiente no tiene demasiada importancia a condición de que cumpla unos requisitos mínimos: ser esférico, hermético, de gruesas paredes que resistan la presión de la cocción, capaz de contener de dos a cinco litros de agua y con una base más estrecha, que será la que se situará constantemente sobre el fuego. Es conveniente que su cuello sea fuerte, para poder sellar la boca de modo hermético.

El fuego ha de ser intenso, no demasiado débil que impida la cocción y putrefacción ni tampoco demasiado vivo, pues podría hacer estallar tu huevo con la presión. Los alquimistas del pasado, que sólo conocían los hornos de carbón, aconsejaban el empleo de un hornillo de tales dimensiones que el calor pudiese envolver la base de tu huevo por todos lados repartiendo el calor de modo homogéneo. Estos hornos ya son difíciles de conseguir; incluso si encontrases uno en buen uso deberías alimentarlo constantemente con carbón mineral o carbón vegetal, cuya combustión produce humos que has de desalojar con una chimenea. Nosotros, los hombres del siglo XXI, podemos emplear dos tipos de hornos limpios: el de gas (propano, butano y otros) o el eléctrico. Por su economía, limpieza y fácil regulación yo aconsejo el eléctrico.

Has de recordar que la Obra, una vez iniciada, no puede detenerse: en este sentido dejar que tu horno se apague y el producto se enfríe es nefasto para la Obra. Como el vidrio del huevo y su contenido conservará el calor cierto tiempo, puedes permitirte desconectar tu hornillo unos minutos mientras cambias una bombona de gas, pero nunca dejarás que se enfríe del todo o mas allá de cierto punto, pues esto invalidará la obra. Una vez que una semilla germina debes dejarla crecer: si bruscamente y durante unos días la sometes a una temperatura muy baja su crecimiento se detendrá para siempre, aunque luego vuelvas a situarla a temperatura ambiente. Lo que ha muerto no puede resucitar.

En mis experiencia yo he probado ambos tipo de hornos: el de gas y el eléctrico. El de gas pudo darme problemas cuando se terminó el contenido de una bombona, pero tuve la precaución de disponer de más de reserva: cuando una se terminó rápidamente pude cambiarla sin que la temperatura del huevo descendiese demasiado. Incluso una demora de un cuarto de hora en esta operación no habría afectado la obra, pero nunca demores demasiado esta operación o tu obra se perderá para siempre.

El horno eléctrico es muy efectivo: salvo que se produjesen cortes de fluido eléctrico durante períodos prolongados, lo que destruiría tu trabajo, es fácil de utilizar, limpio, puedes controlar la temperatura fácilmente y no necesitas vigilar constantemente su funcionamiento. Durante la noche, en las largas vigilias cuidando el calor del huevo, el gas te obligará a permanecer alerta: la electricidad, por el contrario, te permitirá acostarte con la única precaución de haber dejado la temperatura algo más baja; con ello la obra permanecerá cociendo a fuego lento sin perder nada de su potencia.

Una vez que tengas decidida la vía (la Vía Rápida en nuestro caso), el tipo de horno (eléctrico) y tengas el Huevo (un recipiente de vidrio de base más estrecha, con gruesas paredes y cuello más estrecho) podrás iniciar la obra. Has de conseguir primero la Materia, la pirita: si en tu comarca dispones de alguna mina de pirita puedes recoger, tú mismo, los pedazos de materia que te parezcan más puros y limpios de la ganga. Si no es así procura conseguírtela en alguna factoría encargándola. Como a mi me resultaba imposible ambos caminos opté por el tercero: adquirir en una tienda de fósiles y minerales de colección algunas piezas de pirita cristalizada; la forma de sus cristales, cubos perfectos, te dará una idea de su pureza. Procura conseguir algunas piezas lo más limpias de gangas e intrusiones de otros minerales que puedas.

Cuando tengas los cristales de pirita, cien gramos te bastarán, has de triturarlos: para ello puedes emplear un mortero de ágata u otro mineral resistente. Primero, con un martillo, tritura los cristales sobre una superficie dura y muy limpia; reduce los cristales grandes a fragmentos menores y éstos a pequeños fragmentos, que luego reducirás a polvo fino depositando los fragmentos menores en un mortero. Con el mazo (o mano) del mortero reduce a polvo fino e impalpable la pirita. No te preocupes si quedan algunos fragmentos grandes: basta con que los retires y vuelvas a fragmentarlos. Al final debes depositar en tu huevo un polvillo de pirita lo más fino posible: cuanto más fino sea mejor se cocerá, pudrirá y cambiará, avanzando antes tu obra hacia su glorioso final.

Ya tenemos dentro del huevo de vidrio cien gramos, más o menos, de pirita pulverizada. Ahora necesitas entre cuatrocientos y quinientos gramos (medio litro) de agua muy pura: el agua del grifo o de una fuente no sirve, contiene demasiados minerales e impurezas que contaminarían la obra. Puedes conseguir agua muy pura, sin minerales ni cuerpos extraños, si compras agua bidestilada o agua para los coches: comprueba antes que el contenido de minerales sea mínimo o el agua sea, en todo caso, destilada o bidestilada. Cuando más pura mejor para la Obra.

En tu huevo de vidrio has introducido un máximo de cien gramos de pirita finamente pulverizara y entre cuatrocientos y quinientos gramos de agua. No introduzcas nada más. El aire que contiene, una vez cerrado, será suficiente para alimentar el proceso de la putrefacción del mineral, le dará aliento en tu trabajo de cambio y mutación y será suficiente para todo el proceso. Para evitar que este aire se escape has de sellar el huevo de vidrio con un tapón, que puede ser también de vidrio grueso: no emplees el corcho, ya que siendo vegetal por efecto del calor prolongado podría carbonizarse, perder su estanqueidad y dejar escapar el aire; en este caso tu trabajo se perdería irremisiblemente. En mis experimentos he empleado un grueso tapón de vidrio, macizo, que encajaba perfectamente en el cuello del huevo de vidrio; para asegurarme de su estanqueidad empleé silicona con la cual sellé el tapón y para evitar que éste se escapase, por efecto de la presión del gas, lo sellé y afiancé con una malla de alambre como los tapones de las botellas de champán.

Ya tenemos la obra lista para empezar. El huevo de vidrio, sellado, contiene agua pura y polvo de pirita que puedes mezclar agitando suavemente la redoma; comprobarás que no se produce una disolución del polvillo debido a que el azufre no se mezcla con el agua ni se disuelve en ella. El hierro tampoco, necesita mucho tiempo para oxidarse.

Deposita el huevo sobre tu hornillo alquímico: enciende la fuente de calor (gas o electricidad) a las diez de la mañana y vigila que la temperatura sea la adecuada; esto se comprueba cuando, después de unos minutos, ves aparecer burbujas de gas en el fondo del recipiente y comienza la ebullición. Procura rebajar la temperatura para que la ebullición sea lo más suave posible: mira cómo el vapor asciende a lo alto del huevo, se enfría y desciende por sus paredes para convertirse de nuevo en agua. Es importante que la ebullición no sea violenta: con ello se evita la formación de vapores en exceso que podrían, Dios no lo quiera, hacer reventar tu huevo y estropear toda tu obra. Los primeros minutos son los más delicados, ya que en ellos aprendes cuál es la cantidad de calor necesaria para mantener la ebullición en un grado adecuado y deseado: si el calor es menor y la ebullición es suave tanto mejor; no quieras apresurar la obra subiendo el calor y obligando a la materia a una cocción rápida y violenta. Aprende a tener paciencia. Recuerda que la Obra tiene por objeto cambiarte, hacerte distinto, matar tu Yo actual para hacerte renacer distinto, purificado. No olvides nunca que la obra se comprueba cambiando un metal innoble en oro o plata, pero que la obra NO tiene como objetivo último la mutación de los metales para tu enriquecimiento personal. No olvides nunca esto o no tendrás éxito.

Cuando has comprobado qué grado de temperatura necesita tu huevo para que la cocción sea suave, o incluso mediana (pero nunca excesivamente viva o incluso violenta) puedes descansar, orar a Dios dándole las gracias por haberte dado a conoce su Obra o dedicarte a otras tareas. Si has regulado la intensidad de tu fuego (con el mando del gas o con el termostato en una cocina eléctrica) debes dejar que éste se mantenga con esa intensidad sin influenciar en él, sin cambiar la intensidad, sin dedicarte a mirar cómo cambia hora tras hora… puedes mirarlo, naturalmente, pero no dediques un tiempo excesivo porque los cambios se harán paulatinamente, despacio, sin prisas. El hierro, un elemento fuerte, no se pudrirá y cambiará en pocas horas sino que resistirá incluso aunque la cocción fuese un poco más violenta; el proceso, como el de la putrefacción natural, requiere de temperatura adecuada y de tiempo. La paciencia es fundamental.

Comenzaste tu obra a las diez de la mañana; a las diez de la noche, doce horas después, contempla su aspecto: verás que el agua, bullendo, ascendiendo, enfriándose y bajando ha actuado como el rocío sobre las semillas. Las semillas primero son inertes, tienen el aspecto de muertas aunque en su seno lleven la vida. Una vez que las depositas en tierra fértil, en este caso tu huevo de vidrio, deben ser regadas con agua o rocío; verás que después de varios días se hinchan y cambian de aspecto: esto es así porque la vida latente, en contacto con el agua, vuelve a despertarse. Del mismo modo el azufre alquímico y el hiero alquímico, al contacto con el rocío y el calor, comenzarán a cambiar, a hincharse y a germinar del modo apropiado. En tu caso, después de doce hora de cocción normal, comprobarás que el aspecto de tu materia prima ha cambiado levemente: ya comienzas a apreciar en ella sutiles cambios que dan fe del buen camino que llevas. Si continúas así el tiempo necesario verás, si Dios quiere, el final de la Obra. Ve a descansar pero no olvides rebajar un punto la temperatura de tu horno: de este modo la ebullición será más lenta y la materia irá madurando, poco a poco y con calma, durante la noche.

Al amanecer del segundo día aumenta la intensidad de tu fuego el punto o grado que rebajaste la noche anterior: de este modo la cocción volverá a la intensidad anterior; el estado latente de la Obra volverá a reiniciarse. Si la temperatura se ha mantenido

constante y la cocción ha sido lenta verás pocos cambios: la obra no ha madurado, sólo se ha mantenido con vida pero latente durante la noche. Activa tu fuego y devuélvele la intensidad de antes. Durante el resto del día dedícate a tus tareas, no dejes de agradecer a Dios que te haya mostrado el camino y te permita mantenerte en él y cumple con tus obligaciones, sean las que sean. Al anochecer, antes de irte a descansar, vuelve a rebajar en un punto la intensidad de tu fuego para que la Obra se mantenga latente durante la noche.

Al amanecer del tercer día aumenta, nuevamente, la intensidad de tu fuego el punto o grado de intensidad que rebajaste la noche anterior: así, como ocurrió el día anterior, la cocción de la materia volverá otra vez a su intensidad. Durante el día sutilmente, pero al caer la tarde con seguridad, verás la transformación de la Obra: notarás los cambios en el aspecto, los colores del arco iris y la mutación, que llevarán a la putrefacción. La materia se ha vuelto negra como el ala de cuervo debido a la putrefacción; es buena señal, no te asustes: después de la muerte viene la nueva vida y los cambios que tanto esperabas se están produciendo. Poco después el negro de la muerte (el Rey muere y luego resucita) dará paso al rojo (la piel del Rey se vuelve roja en el baño caliente) por acción de la cocción ya que, aunque ésta es siempre de la misma intensidad, ha permitido el hervor de la materia y la penetración del agua sobre el hierro y el azufre, madurando, pudriendo y mutando las sustancias. Después del color rojo verás otros tonos y colores hasta que, finalmente, aparezca el arco iris: en ese momento sabes que, gracias a Dios, has logrado el final de tu obra. Los elementos se han transformado, se han mutado y tanto ellos como tú habéis muerto para volver a resucitar, a cambiar, con una nueva vida y conocimiento.

Cuando veas estos cambios, el arco iris, reduce la intensidad de tu horno: con ello la cocción se irá deteniendo poco a poco para producir la cristalización final de la Obra. Cuando el fuego se haya reducido y se produzca la cristalización verás aparecer en el interior del Huevo Alquímico la gran Obra: su aspecto es el de una piedra roja, quizá naranja muy intenso, con aspecto de polvo aglomerado o cristalino. Apaga el fuego de tu horno y retira el huevo, deja que se enfríe lentamente y cuando hayan pasado algunas horas de la noche, en el silencio y el descanso de los demás, podrás dejar reposar el huevo y su contenido hasta el amanecer. Es hora de que te retires a descansar.

En el amanecer del cuarto y último día ve a mirar el Huevo: dentro de él, frío ya por la pérdida de calor, encontrarás la Gran Obra con su color rojo rubí o naranja intenso. Quita el cierre, el tapón de tu huevo y deja que salga el aire que contiene. Con cuidado toma la Obra en tus manos y admírala: tiene el aspecto de una piedra rojiza o anaranjada, cristalina, sin que parezca tener ninguna virtud ni otro valor que el ser un mineral curioso. Es hora de comprobar sus virtudes.

Pon a calentar con fuego vivo un recipiente de metal (por ejemplo un cazo de cocina de acero) en cuyo interior has arrojado algunos fragmentos de plomo de una tubería o estaño de soldar; cualquiera de estos dos metales innobles se funden a baja temperatura. No pruebes con otros metales tales como hierro, latón o bronce, ya que no se fundirán con esta temperatura: se necesitaría una fragua o un fuego más intenso. Al cabo de un rato de mantener ese fuego vivo notarás que los fragmentos de plomo o estaño se funden, se vuelven líquidos: han sido vencidos por el calor y aflojan su fuerza ante la del fuego. Ahora es el momento de probar la virtud de nuestra Obra, la que el vulgo llama Piedra de los Filósofos o Piedra Filosofal. Para comprobar su fuerza has de

dejar caer un pequeño grano, un fragmento minúsculo, en el metal fundido. Pero no lo dejarás caer como haría un no iniciado, sin cuidado alguno: si lo haces así el vapor del metal innoble atacará de inmediato la Obra y le robará todos sus poderes. Has de tomar la precaución de envolver primero el grano de la Obra en una bolita de cera; amasa la cera con las manos para que se caliente, haz un hueco en ella con un dedo y en su interior deposita el grano de polvo rojo. Ahora que el metal está caliente, fundido, esperando, deja caer la bolita en su seno.

Verás que el metal entra en ebullición: esto se debe a que la Obra, envuelta en la cera líquida, ha estado rodeada de una fina capa aceitosa de cera que ha protegido su poder del vapor del metal innoble. Se formarán burbujas de colores en el metal: no temas, no hay peligro. Da gracias a Dios por haber conseguido obtener su Obra y poder contemplar su Poder a través de tu resultado. Reduce la intensidad de tu fuego y apágalo. Al cabo de unos minutos el hevor habrá cesado y el metal comenzará a regresar a su estado natural. Dependiendo de la vía que hayas seguido (Vía Húmeda o Vía Seca) el color de la Piedra será blanco o rojo; si has empleado piedra roja, la que hemos obtenido en nuestro trabajo, notarás que el metal del recipiente es oro puro: si fuese piedra blanca habría sido plata.

Deja que el metal descanse, líquido todavía, para trasvasarlo con mucho cuidado a una vasija de arcilla cocida de escaso valor: sólo servirá para dejar enfriar en ella el metal, de tal manera que cuando esté frío la rompas y sólo conserves el metal con su forma. Vierte el metal líquido suavemente sobre la vasija de arcilla: al hacerlo así, despacio, conseguirás que el calor de la fusión se reparta de modo equilibrado sin que se te quiebre el recipiente. Una vez trasvasado déjalo enfriar lentamente, sin acelerar el proceso empleando agua o aire. Si lo haces así podrías romper la vasija.

Cuando, al cabo de varias horas o incluso un día entero, se haya enfriado el recipiente de arcilla puedes sostenerlo en tus manos: notarás que es muy pesado, porque el oro puro que contiene es pesado también. Es un metal noble, ha sido transmutado por el poder de tu Obra, de la Piedra de los Filósofos. Deposita la vasija sobre periódicos y rómpela: los fragmentos quedarán esparcidos sobre el periódico y podrás recogerlos sin demasiado trabajo. Tira los fragmentos a la basura, ya no sirven. Toma en tus manos el metal ennoblecido y, mientras lo contemplas, da las gracias a Dios por haberte permitido haber llevado a cabo la Gran Obra con éxito. Si has obtenido oro, o plata, tu Obra, tu Piedra, tiene todas las virtudes: eres un verdadero Adepto, un Alquimista.

Como la misión de un Alquimista no es enriquecerse, sino cambiar para mayor gloria de Dios, puedes enterrar este oro alquímico o darlo, de modo anónimo, a cualquier colectivo pobre que lo necesite. Nunca lo vendas a un herrero u orfebre: enseguida querrán saber su procedencia poniendo en peligro tu vida y obligándote a abandonar tu país para desterrarte voluntariamente. Entierra el oro, dalo a los necesitados pero nunca lo vendas.

La segunda prueba de tu Gran Obra, de tu Piedra de los Filósofos, es la rectificación con alcohol: puedes obtener alcohol tú mismo a partir de cualquier buen vino o incluso comprarlo en alguna tienda de productos químicos. Debe de ser alcohol etílico, de consumo humano, nunca metílico y mucho menos alcohol degradado con productos químicos para que no pueda ser consumido. Si no estás seguro de que el alcohol se pueda consumir obténlo tú mismo, en un alambique normal, de algún vino

fuerte. Una vez que tengas un cuarto de litro a medio litro de alcohol de vino toma una pulgarada de polvo rojo y déjala caer en el recipiente del alcohol: la Piedra verterá sus virtudes sobre el alcohol, de tal manera que si dejas caer una gota del mismo sobre una moneda de metal innoble calentada al fuego (cobre, plata, latón) se producirá la transmutación parcial del mismo en la superficie. Parte del metal se volverá oro o plata, según uses Piedra Roja o Piedra Blanca: esto prueba que este alcohol es Alquímico también, es curativo.

Este alcohol rectificado con tu Piedra Roja tiene propiedades curativas que podrían considerarse milagrosas: basta con tomar una cucharada pequeña en el desayuno (sólo una cucharada y sólo una vez cada día) para que todas las enfermedades corporales y todos los achaques, sean de enfermedad o de la edad, desaparezcan. Una única cucharada pequeña te permitirá mantener tu salud más allá de lo natural, alejando la enfermedad y la vejez por tiempo indefinido. No podrá curar, sin embargo, los miembros fracturados ni hacer milagros en cuerpos muy dañados, en nervios rotos o sobre cadáveres.

Nunca vendas tu oro alquímico: podrían denunciarte y encarcelarte; perderías tu libertad o tu vida. Nunca hagas demostraciones estériles de tu Arte: los no iniciados son incrédulos, no les des el conocimiento que Dios nuestro Señor les ha negado. Nunca cures a un enfermo terminal, a las puertas de la muerte, con tu alcohol: si Dios les ha enviado la Muerte no frustres Su obra. Toma tu alcohol alquímico con regularidad y serás inmortal; dale a tu esposa e hijos si lo crees oportuno, pero no seas necio ni excesivamente generoso con los demás mortales: Dios los destinó a ser mortales, no les des la inmortalidad si no la merecen ni son nobles de espíritu. Si Dios quiere que adquieran el Conocimiento él les instruirá. Huye de la notoriedad y, cuando te sea posible, abandona tu hogar, tu ciudad y tu país para desaparecer de los demás. Puedes llevar a tu esposa y tus hijos, si son nobles de espíritu: si no, abandónalos. Desaparece de la sociedad y conviértete en uno de los Iniciados, de los Nobles Inmortales que dedican su vida a hacer buenas acciones por los demás. En el nombre de Dios. Amén.